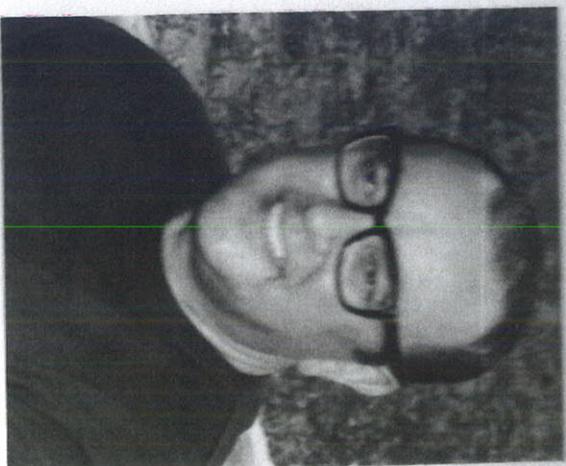


MEMORIAS DESDE MI ALDEA



JAVIER MARTÍNEZ DE BEDOYA (Bilbao 1914 - Madrid 1991), abogado, periodista, político. Estudió en Valladolid el bachillerato y la carrera de derecho, participó activamente, junto a Onésimo Redondo, en el grupo inicial de JONS, colaborando en los seminarios Libertad e Igualdad. En 1935, después de la escisión de Falange, se dedicó a la preparación de su tesis doctoral, marchando a estudiar a Alemania por indicación de D. Fernando de los Ríos. Al producirse la guerra civil se incorporó en Valladolid, primero a actividades sindicales y desde octubre de 1936, colaboró con Mercedes Sanz Bachiller, con la que se casaría en 1939, en la creación y funcionamiento de Auxilio de Invierno, después Auxilio Social. Nombrado Director General de Beneficencia en 1938 dimitió del cargo en agosto de 1939, dedicándose a la actividad profesional. Años después, siempre alejado de la política activa, y desde un puesto técnico como jefe de la sección de Política Social del Instituto de Estudios Políticos participaría en numerosos estudios y trabajos de carácter jurídico social, siendo designado Procurador en Cortes en varias legislaturas. Adscrito como agregado de prensa a las Embajadas de Portugal y París desempeñó diversas comisiones, compatibilizándolas con su labor periodística que no abandonó nunca.

Su bibliografía recoge diversos artículos científicos en la Revista de Estudios Políticos, en la de Política Social y es autor de diversos libros, entre ellos: **Antes que nada política** (1939), **J. Antonio Maura, Ministro de la Gobernación 1902-1903** (1940), **El torero** (novela 1952), **Falta una gaviota** (novela 1958), **Los problemas de una Constitución** (futuro de una política democrática española) (1963), **Marcuse y el socialismo** (1970), **El desafío de la libertad** (1974), **¿Industrialización y Civilización, enfrentados?** (1975). Si Dios existe

había ayudado para poder sacar adelante el proyecto de Auxilio de Invierno), encargándole de la reorganización a fondo del Subsidio al Combatiente, a fin de que fuera sustancial lo que recibiesen las familias sin recursos de los jóvenes movilizados.

Haré ahora alusión brevísima —para no volver a hablar de ello— a los otros puntos en los que concreté mi acción en los dieciocho meses que duró mi gestión como director general de Beneficencia. Mi primera preocupación fue dar una base sólida al Auxilio Social, incluyéndolo en los presupuestos del Estado a través de un sistema de subvenciones por plaza asistencial atendida; la segunda, dar una base legal a lo que veníamos realizando en el campo de la ocupación militar desde Auxilio Social y a lo que había iniciado Argillo desde el Estado, en el mismo sentido, mediante el establecimiento de un servicio de "Auxilio a Poblaciones Liberadas"; y, por último, creando, sin precedentes extranjeros o españoles de ninguna clase, la Organización Nacional de Ciegos.

La Organización Nacional de Ciegos fue un acto de fe. Hasta entonces los ciegos eran considerados como anormales sometidos a tutela por los videntes. Un grupo de ciegos me pidió audiencia y me expuso sus ideales aspiraciones, consistentes en administrarse ellos mismos sus problemas y sus recursos sin intervención ni bajo el patronato de nadie. Les abrí un crédito de confianza y nos pusimos a trabajar en ello. Así nació el decreto en virtud del cual ellos tienen su jefe nacional con sus departamentos de educación, trabajo, asesoramiento jurídico, sanidad, pensiones, etc., y su fuente de ingresos en forma de una lotería diaria que inventamos y cuyos cupones iban a vender los más necesitados de entre ellos. Desde entonces los ciegos españoles han vivido a su aire y ellos se lo guisan y ellos se lo comen, sin interferencias de ninguna clase.

Volví a hablar una vez más, con otros oradores, en un teatro Calderón de Valladolid completamente lleno y en esta ocasión para conmemorar la vez en que lo hicimos en 1934 con el fin de proclamar la coyunda de conveniencia entre JONS y Falange, que luego resultó matrimonio de amor pese a quie-

nes intentamos el divorcio. Y quise poner el acento en dos cosas: en destacar que España entera estaba recobrando, de una manera impresionante, el sentido religioso de la vida y en un ataque al profesionalismo en la actividad política. No me atreví a insistir en que deberíamos esforzarnos (si de verdad pretendíamos restaurar las condiciones de una civilización antiolecionista) en la lucha contra la anemia de las aldeas porque ya mis amigos comenzaban a tomarme el pelo con mi "aldeanismo" obsesivo.

Pronto recibimos una convocatoria para una reunión del Consejo Nacional. Aquello parecía que iba a funcionar. Se nos enviaba un proyecto del Gobierno de Carta de Trabajo y se nos daba un plazo para enmiendas. Yo no puse interés porque me pareció un intento "fascitizante", una cierta copia de la *Carta di Lavoro*. Después le cambiaron el nombre de Carta por el de Fuero a propuesta de los tradicionalistas. A mí me desagradaba profundamente el tratamiento que se daba al tema sindical incidiendo en un carácter "unitario", y en su esencia de "instrumento del Estado" y de "verdadera militancia". Eso sí, el espíritu español surgía con la aparición en este campo de lo laboral, de las ideas de honor y servicio. Alfonso García Valdecasas propuso una enmienda para perfeccionar la definición del concepto de "servicio": en cambio, el extremeño José Luna Meléndez rechazó de plano todo el epígrafe consagrado a la idea de servicio. El general don Gonzalo Queipo de Llano quiso que se suprimiese cualquier referencia a la iniciativa privada. Dionisio Rídruejo "no creía necesarias las definiciones de Nación y Estado en la carta de trabajo". Y yo me quedé tranquilo al ver que Ladislao López Bassa, el mallorquín, "rechazaba al sindicato como instrumento productor y organismo del Estado así como la verticalidad de la sindicación", asumiendo lo que podría ser mi posición.

La población civil, incluida la clase política, no llegamos nunca a diferenciar la guerra dirigida hacia la conquista de Cataluña de lo que después se ha dado en llamar "batalla del Ebro". Para nosotros, una vez recompuerto y mejorado el frente de Teruel, se nos presentaba como natural el desplazamiento